

La Ética Hacker como práctica de libertad

José Joaquín Contreras

10 de Junio de 1011

[Diapositiva 2]

Voy a comenzar por poner en cuestionamiento un asunto que supongo la mayoría considera lo más básico del Software Libre. Me refiero a que debemos poner en cuestionamiento las cuatro libertades expresadas por Stallman y la Free Software Foundation.

Sin embargo, no es mi interés en este momento poner en cuestionamiento las cuatro libertades en sí, sino más bien lo que intentaré es un caminar guiado por la pregunta. ¿Qué pregunta? Aquella que nos lanza a transitar el camino de eso que hemos dado en llamar “software libre”, “tecnología libre”, “conocimiento libre”.

[Diapositiva 3]

Si nos preguntamos por la esencia de un árbol, mal podríamos abocarnos a tumbar un árbol, para dividirlo en pedacitos más y más pequeños con la esperanza de encontrar un árbolito que podamos mostrar como su esencia. Si queremos preguntarnos por la esencia del “Software Libre” mal podríamos buscarla en un código fuente.

Me parece que para preguntarnos por la esencia del “software libre” debemos transitar el camino de la ética. Pekka Himanen se percató en su famoso libro “La Ética Hacker y el espíritu de la era de la información” que hay en el hacker un ethos que le brindan sentido a su vida. Este ethos se manifiesta en una búsqueda profunda por la libertad y por la creatividad. Esta búsqueda profunda impregna todo su ser y hace que su quehacer sea movido por un impulso básico de amor. No en balde Linus Torvalds no duda en llamar a este sentimiento “pasión”. Y es que se trata de un sentimiento muy básico en el que el hacker es movido con vehemencia a un quehacer que revela y produce del mismo modo que una madre para un hijo. Por ello, así como la madre no se siente en la propietaria del hijo, el hacker no se siente “propietario” del software. El hacker entiende que él o ella han sido solo instrumentos que han facilitado que el producto llegue a ser. Pero no pretenderían decir que ese es su propiedad privada. No, y no lo puede ser porque lo que es producido desde el fondo del amor y la pasión es un don para el mundo del que debemos estar muy agradecidos de haber sido medios para su pro-venir.

[Diapositiva 4]

Tendríamos que preguntarnos por el afán que mueve a un cierto sentido de libertad y por qué en ello la creatividad juega un papel fundamental. Ya en otro momento abordé este tema y lo pueden conseguir en la web. En resumen creo que el gran enemigo al que pretende enfrentar el hacker es la mundialización del consumismo. Dicha mundialización es un grave peligro porque en ello se enmascara un proceso de globalización de la mediocridad que atenta contra la búsqueda por el buen hacer y la creatividad.

Intentaré en este momento volver resumidamente sobre este tema para enfatizar en otros asuntos desde una perspectiva un poco distinta.

¿A qué llamamos Mediocridad?

[Diapositiva 5]

El uso que comúnmente hacemos de la palabra “mediocridad” refiere a la segunda acepción que del adjetivo “mediocre” hace el DRAE. Es decir, aquella en que la adjetivación “mediocre” significa “de poco mérito, tirando a malo”. Pero, ¿de dónde viene esta acepción?

El “poco mérito” de la adjetivación mediocre, considerado como algo “malo”, viene de la primera acepción del término. A saber, lo mediocre es de “calidad media”. La concepción según la cual lo “mediocre” es malo radica en una búsqueda por la excelencia en el quehacer. Si lo pensamos en términos de una distribución normal, lo mediocre es en donde está la mayoría. Lo mediocre no apunta a lo que está debajo de la media... No, lo mediocre apunta a lo que está en la media... A lo normal, lo que está alrededor de la moda. ¡Estar a la moda es ser mediocre! Eso es lo que todavía resguarda nuestro lenguaje de tal modo que nos suena mal decir que algo o alguien es “mediocre” y no lo que literalmente debería ser, es decir, que alguien o algo es *cool* o *fashion*.

Ahora, ¿por qué será que en nuestro lenguaje concebimos que estar a la moda, que ser mediocre, es algo malo? Esa concepción viene de una herencia aristotélica que aún resuena en nosotros y que concibe el quehacer humano en términos de la búsqueda por la excelencia y del virtuosismo. Por lo tanto, si algo o alguien no denota virtuosismo, es decir, si no denota estar entre lo mejor, se considera que está mal. No estar entre los mejores está mal y listo.

Nótese que esta concepción tiene como presupuesto el sostenimiento de una tradición.

Esto porque es a partir de una tradición que es posible evaluar el mejoramiento del quehacer. Es decir, es en términos de los productos realizados en el pasado que puede concebirse el mejoramiento del producto actual. Si la tradición está en buen estado el mejoramiento tendrá lugar, si está en mal estado el quehacer tiende a ser mediocre y por lo tanto no mejora, es lo normal.

Es importante aquí hacer una diferenciación. Ser “mediocre” no implica necesariamente ser “vicioso”. El producto “mediocre” puede ser resultado de la ignorancia o hasta involuntario. En el primer caso bastaría con entrar en un proceso de formación para que el productor aprenda. En el segundo caso se entiende que no fue la acción no fue a voluntad. De cualquier modo de lo que se trata es de entrar en un proceso de formación en el que el productor pueda ir aprendiendo progresivamente en función de ir mejorando en el despliegue de su quehacer. Sin embargo, esto es muy distinto al quehacer que pudiésemos llamar “vicioso” y que denota más bien a aquel hacer que renuncia a la búsqueda por la excelencia, se regodea en su mediocridad y aboga por ella. El vicioso celebra su falta de virtuosismo...

En nuestra Venezuela hemos sufrido un profundo proceso de despojo cultural que nos ha dejado sin tradición. En consecuencia, sin la posibilidad de contar con referencias que nos posibiliten entrar en procesos de mejoramiento continuo hacia el virtuosismo. En Venezuela, con mucha frecuencia nos regodeamos de la mediocridad. Y lastimosamente muchas veces caemos en el vicio.

Sin embargo, es importante resaltar que esto brinda condiciones de posibilidad que no son para nada despreciables.

La tradición en la que surgimos como *pueblo* proviene de la colonia. Nuestra tradición es colonial. Al punto que aún lo que llamamos “libertad” en nuestro tiempo, que es una palabra todavía sublime para nosotros, refiere normalmente a la liberación contra el “imperio” a dejar de ser “colonia”. Pero resulta que en el tiempo hemos cambiado de metrópolis a copiar, sí, pero hemos seguido siendo siempre colonia. Y para colmo en la tradición colonial nuestro papel es el de ser periferia. Es decir, estamos y debemos estar al margen de los centros de producción de cultura. Nuestro papel es el de comprar y copiar los productos culturales producidos por la metrópolis. Aquellos que hemos tenido la posibilidad de “formarnos”, de aprender un oficio en las universidades, nos toca la importantísima tarea de “actualizar” nuestra sociedad. Es decir, de buscar los mejores modos de traer a nuestra sociedad los nuevos productos culturales de la metrópolis. Nuestro papel en esta tradición es el de sostener el proceso de dominación colonial

actualizándonos con los novísimos productos metropolitanos.

Desde una perspectiva anti-imperialista, el que hayamos roto con la tradición colonial, es una oportunidad que abre paso para desplegar un modo distinto de ser. Intentemos explorar esta idea desde una perspectiva de inspiración marxista.

La Mediocridad desde una perspectiva de inspiración marxista

[Diapositiva 6]

Desde la perspectiva marxista, tratando de simplificar el asunto, el problema de la alienación del trabajo surge del robo del cual son productos los trabajadores debido a la plusvalía de la que se apropia el burgués. Resulta que los trabajadores son los que producen. Cada trabajador aporta valor en la creación del producto. El dueño de los medios de producción, el burgués, no aporta mayor cosa, si no es que nada en esta creación. El precio de venta del producto en el mercado es equivalente al valor de producción. Así que el modo en que el burgués puede obtener ganancias es siempre pagándole al trabajador un salario que sea menor al valor de su aporte en la creación del producto. De manera contraria, el monto recibido por el burgués propietario es muy superior al valor de su aporte en la creación. Esta ganancia proviene precisamente de la diferencia entre el valor de la producción y el salario finalmente pagado a los trabajadores. Esta diferencia le es enajenada al trabajador para quedársela el propietario burgués.

Es por ello que, desde el marxismo, es tan importante que los trabajadores se apropien del control de los medios de producción puesto que con ello se eliminaría la enajenación del trabajo eliminando la plusvalía y pagándole a cada trabajador lo que en justicia se le debe en función de su contribución.

Esto es un asunto de importancia cardinal porque resulta que la alienación del trabajo no es un simple robo. Lo que hace al hombre hombre es el trabajo. Lo que nos diferencia de los animales es el trabajo. Lo que nos ha hecho evolucionar y llegar al estadio superior de la escala natural es el trabajo. Por lo tanto, el proceso de alienación del trabajo es un proceso en el cual el individuo en particular es enajenado de la obra que lo humaniza. La alienación del trabajo es una deshumanización del individuo. Por ello, el proceso de apropiación de los medios de producción es un proceso de humanización.

La mediocridad aparece desde este contexto como un producto de la alienación del trabajo. El hombre deshumanizado, el hombre alienado, ese que no ve el producto de su

fabricación como un producto porque le es robado no tiene motivación alguna para hacer un producto bueno. Es por ello que al capitalismo le es tan necesario implantar tantos mecanismos de control del trabajo para exigir que el obrero haga bien lo que por motivación propia no puede hacer. Sin embargo, nótese que al eliminarse los mecanismos de alienación es de esperar que, naturalmente, el hombre liberado obre de tal manera que busque la excelencia.

Desde una perspectiva de inspiración marxista, la mediocridad será superada gradualmente en el proceso de apropiación de los medios de producción por parte de los trabajadores.

La Problemática del instrumentalismo

[Diapositiva 7]

En el siglo XX nos percatamos de otro asunto. Luego de los diversos intentos de corte socialista y comunista que vivimos en varias partes del planeta, vimos que la organización burocrática era enajenante en sí misma. No importaba si el dueño de los medios de producción fuera la clase burguesa o el Estado proletario... El trabajador de la estructura burocrática seguía alienado sin sentir el producto del trabajo como suyo.

Empezamos a percatarnos que para que pudiese ocurrir un proceso de liberación, la concienciación que debíamos vivir debía llevarnos a preguntarnos por los fines de nuestro hacer. Si no nos preguntamos y si no cuestionamos el qué, los para qué y los por qué de lo que hacemos no podremos comenzar a caminar en procesos de liberación.

Hay aquí un cambio profundo y muy importante en relación a la liberación en la que estamos inmersos. Descubrimos hace ya casi un siglo que hay un proceso de enajenación más profundo que va más allá del robo de la plusvalía y que nos ha enajenado de la posibilidad de soñar y preguntarnos por la sociedad que deseamos. La organización burocrática se pregunta por los *cómos*, pero no por los *qués* y eso es un modo de alienación. Es, en otras palabras, la alienación del sentido. Vimos que habíamos vivido un proceso de enajenación de nuestra capacidad de hacer sentido de nuestra existencia.

Por ello, el oficial podía prender la cámara de gas y matar de un sopetón a decenas de personas o lanzar a un individuo encadenado desde un helicóptero para desaparecerlo. En ninguno de los casos quien perpetraba el hecho se sentía a sí mismo como un “asesino”.

¿Por qué? Porque él simplemente estaba “cumpliendo órdenes” y debía hacerlo de una manera eficaz y eficiente. El sentido de su quehacer no es su problema. La pregunta por los “qués” no es de su incumbencia. “Nada personal” diría si lo interrogásemos.

Vemos aquí aparecer una alienación de un carácter más profundo. En el siglo XX desplazamos nuestra observación y descubrimos que no se lograba mucho con que la clase obrera se apropiara de los medios de producción. Descubrimos que habíamos olvidado una pregunta que nos era básica y que era la pregunta por los fines. Descubrimos, en fin, que una alienación más básica se asomaba allí en el abandono de la pregunta que indagaba en torno al sentido de nuestro quehacer.

¿Por qué decimos que este olvido es una alienación? Porque en este “olvido”, en el que valga decir fuimos sujeto perpetrador y objeto perpetrado, fuimos despojándonos de una condición humana básica. Paulatinamente fuimos perdiendo nuestra “creatividad”. Y es que si analizamos nuestro quehacer diario veremos que cada vez más creamos menos. Cada vez más lo que hacemos es utilizar productos que están allí “listos para ser usados” sin que tengamos que producirlos nosotros. Cada vez más nuestro papel es reducido al que le hace “clic” al botón.

Veamos ahora este problema desde nuestra perspectiva particular como venezolanos.

El problema de la alienación en Venezuela

[Diapositiva 8]

El problema de la alienación en las sociedades colonizadas es aún más profundo. A nosotros nos toca extraer la materia prima para enviarla a las sociedades colonizadoras para su procesamiento. Posteriormente la volvemos a adquirir a precios mucho más costosos. El producto final dista tanto del original que no vemos allí nuestra contribución en la obra. Pensemos por ejemplo, en una olla de aluminio.

En el caso venezolano el problema toma un cariz particular. Nuestra principal contribución a la economía global es el petróleo. Muy poco contribuimos con otros productos. Por una cuestión histórica, los productos del subsuelo en Venezuela son considerados de propiedad pública. Por ello, el petróleo es un bien público y la riqueza generada por su extracción y venta es pública. Pero la verdad es que el número de trabajadores que laboran directamente en su extracción es bastante pequeño si lo comparamos con la población del país. La gran mayoría de los venezolanos vivimos de

manera indirecta de la riqueza generada por la industria petrolera pero sin trabajar en ella.

Es a eso lo que se le ha llamado el “rentismo”. Vivimos de la renta petrolera sin trabajar en ella. La plusvalía se genera con el petróleo. Nuestro salario no es producto de un cálculo en el que al valor de nuestro trabajo se le enajena un porcentaje para generarle plusvalía del dueño de los medios de producción. Nuestro salario proviene del reparto de la renta del petróleo de manera directa o indirecta.

El éxito en nuestro comercio no depende tanto de la competencia sino de lograr hacerse de mayor porcentaje de la renta del petróleo por cualquier medio. Por ello, no se trata aquí de un proceso de optimización para ser más competitivo. Si nos sinceráramos en nuestras escuelas de sistemas dejaríamos de enseñar tantas técnicas de optimización con sus criterios maximin y minimax y enseñaríamos técnicas que nos permitiesen sortear exitosamente las barreras burocráticas, activar las conexiones personales que nos sean de utilidad y lograr el contrato... Luego, importaríamos los productos del exterior y lo instalaríamos, sin más ni más.

Es así como hemos llegado a un proceso de alienación en el que ya no hacemos. No es que nos es enajenado el producto de nuestro quehacer sino que nos ha sido progresivamente enajenada nuestra capacidad de hacer. Cada vez más creamos menos y copiamos y compramos más.

El peligro

[Diapositiva 9]

Quisiera referirme brevemente a dos peligros que tenemos en frente.

El primero es que entremos al mundo de la tecnología libre como meros actualizadores. Y eso, vamos, lo vemos con muchísima frecuencia en los diversos movimientos de software libre. Nuestro quehacer se limita a mantener actualizado el sistema. Hablamos de software libre pero nunca revisamos y modificamos un código. Nos limitamos a instalar y actualizar. Con la ventaja que con el “gestor de actualizaciones” solo debemos pinchar el botón de “Instalar Actualizaciones”.

El segundo peligro tiene que ver con el problema de la meritocracia. Creo que el daño más profundo que vivimos con el golpe de estado y el sabotaje petrolero de 2002 y 2003 ha sido la demonización del problema del “mérito” con el cuento ese de la “meritocracia”. Una manada de actualizadores de última generación, que eso era lo que eran, se quisieron hacer del control del Estado y pasar por encima de la decisión de la mayoría democrática del país. Se justificaban aquellos golpistas pdivecos hablando de una fulana “meritocracia” según la cual ellos tenían más mérito que nosotros. ¿Cuál era su mérito? Ser actualizadores...

El terrible peligro al que me refiero aquí es que no hemos mostrado como sus supuestos “méritos” no eran tales, sino que hemos demonizado el “mérito” mismo. En consecuencia, no tenemos el contraste virtuoso que pueda contraponerse a la mediocridad galopante.

Necesitamos entonces del cultivo del coraje, de mucho coraje, para lograr formar el carácter suficiente para enfrentar esta difícil tarea que nos estamos proponiendo en esta práctica del software libre. Se necesita coraje porque, como hemos visto en este pequeño caminar en conjunto, no se trata solamente de instalar Debian o Ubuntu y hacer clic. Se trata de un compromiso que nos convierte, nos impregna y nos envuelve. Es un compromiso de vida.

Hacia la liberación de la enajenación de la creatividad

[Diapositiva 10]

Hemos visto cómo desde esta perspectiva de inspiración marxista debemos ir mucho más allá de la liberación de la enajenación de los medios de producción en la lucha de clases entre los trabajadores asalariados y la clase burguesa. La atención del problema se nos aparece hoy de manera muy distinta a cómo aparecía a mediados del decimonónico. A principios del XXI la liberación es más básica y por ello más de fondo. Se trata de la liberación de la enajenación de la creatividad para así volver a descubrir el quehacer del trabajo que hace *mundo*.

Seguir sobre este camino nos haría muy larga esta discusión y eso sería abusar de su paciencia, cosa que ya he hecho suficiente. Sin embargo, ruego de ustedes un par de minutos adicionales para redondear un poco nuestro asunto y culminar por hoy esta exploración.

De cierta manera estamos aquí “liberando el trabajo”. No queremos decir con esto que estamos “liberándonos del trabajo” para dejar de trabajar. Por el contrario, deberemos trabajar mucho mucho más. Pero haciendo un trabajo liberado del instrumentalismo que nos ha enajenado la capacidad de soñar. Debemos re- aprender a cultivar el hacer sentido de nuestro quehacer. Sentido que brinde dirección hacia un bien común al que nos debamos y que cultive el buen hacer propio de nuestro trabajar.

La creación a la que nos referimos es esa que proviene de una tradición de la que provenimos y a la que nos debemos. Nos referimos a esa creatividad que atiende a un bien común que nos reúne como comunidad y que cultiva el buen quehacer, el quehacer virtuoso, en la buena realización de una obra. Obra que no atiende de manera exclusiva a la lógica de la mercancía sino que busca expresar ese *mundo* que se revela en la época en la que somos.

Debemos descubrir en nosotros las capacidades del sentido de la creación.

[Diapositiva 11]

“Para que el quehacer de la Filosofía Unix sea el apropiado, debes ser leal a la excelencia. Debes creer que el diseño de software es un arte merecedor de toda la inteligencia, creatividad y pasión que puedas convocar...”

Para que el quehacer de la filosofía Unix sea el apropiado...debes cuidar; debes jugar; debes estar abierto a explorar.”

Eric Raymond

The Art of Unix Programming

[Diapositiva 12]